

mucha confianza á Cortés para sus futuras operaciones, pues desde luego dictó ya algunas providencias para emprender una campaña en la que se prometia subyugar la gran Tenoxtitlan, objeto de todos sus deseos.

CAPITULO XXII.

Cortés promueve la guerra á los pueblos vecinos á Tlaxcala.

Despues de la espantosa carnicería hecha en Cholula por mandato de Cortés, la provincia de Tepeyacac ó Tepeaca, se apresuró á declararse amiga de aquellos hombres blancos, para escapar de un golpe tan funesto como sus vecinos los choluleses; pero como el móvil de esta alianza era solo el temor, apenas supieron su derrota en la calzada de Tlacopan la noche triste, cuando violaron aquella amistad, para solicitar la del vencedor. Con este objeto de captarse mejor la voluntad de los mexicanos, dieron muerte á los españoles, que sin saber los desastres de sus paisanos en la capital, iban de Veracruz para reunirse á ellos: y admitieron en sus pueblos las guarniciones aztecas, para obstruir el camino de los españoles á su colonia en la costa y hostilizar las tierras de la república, que abrigaba en su seno á los extranjeros. Cortés con ánimo de castigarlos por todos estos motivos y tener expedita la comunicacion con Veracruz, resolvió hacerles la guerra, para lo cual salió de Tlaxcala con mas de cuatrocientos españoles y seis mil tlaxcaltecas obrando en combinacion con el jóven Xicotencatl, que atraído por el general á su partido, se puso en

movimiento con un ejército que los historiadores españoles hacen subir hasta cincuenta mil hombres. (1)

Cortés antes de salir mandó unos comisionados á los tepeyaqueses, exigiendo amigablemente una satisfaccion; pero habiéndose rehusado los pueblos á entablar la alianza, salió el general con su ejército aliado, al que se unieron otras muchas tropas de Huexutzinco y Cholula.

La expedicion se dirigió por Zacatepec, Acatzinco y otros pueblos que fueron vencidos, en los cuales se incendiaron sus edificios y se tomaron muchos prisioneros, pasando despues á Tepeyacac, donde sus habitantes corrieron la misma suerte. Y estando el general vencedor, fundó ahí un lugar que llamó *Segura de la Frontera*, erigió una fortaleza, nombró magistrados españoles y los millares de prisioneros los declaró esclavos, señalando la quinta parte para el rey de España y repartiendo el resto entre los españoles y sus aliados. A los infelices que tocó esta suerte, se les marcó con un fierro ardiente una G en la frente; (2) y es una maravilla, que ni los escritores españoles hayan hecho mérito de que para esta accion infame vinieran á prestar su cooperacion el Santo Apóstol Santiago y la Santísima Virgen, bajo cuyo manto quieren cubrir tantas iniquidades, ni aquellos pueblos desgraciados hubieran previsto su futura posicion, con una leccion tan elocuente en fuerza de su inaudita barbaridad, no obstante las preocupaciones de aquella época.

Las tropas mexicanas se retiraron á la ciudad de Quauhquecholan, cuyo señor habia sido de los nobles que asistieron á la junta del palacio de Axayacatl, donde Moc-teuhzuma habia prestado obediencia al rey de Castilla. Este gefe, tal vez intimidado por el terrible castigo im-

1 Bernal Dias. cap. 130. Seg. carta de Cortes, Clavigero. tom. 2.º pag. 119.—2 Bernal Diaz y Clavijero lug. cit. Solis lib. 5.º cap. 3.º

puesto á sus hermanos de Tepeyacac, mandó reiterar al general su obediencia al soberano español, asegurándole estar pronto á darle auxilio en sus operaciones, cuando se presentara en su ciudad para librarlo de la opresion de los mexicanos. Con tal aviso el general destacó una parte de su ejército al mando de Cristobal Olid; pero éste receloso de la sinceridad de los huexut-zinques y choluleces, rehusó entrar hasta no comunicar á su gefe los temores que le inspiraba la conducta de los aliados. Entonces el mismo general se fué á poner á la cabeza de la fuerza, y auxiliado por los mismos habitantes de la ciudad, atacó á los mexicanos, que fueron derrotados.

A los tres dias pasó á Izocan, despues Izucar, donde tambien tuvo que pelear con un formidable ejército que fué vencido y en su alcance muertos muchos de sus guerreros. El señor de aquella ciudad habia sido muerto por orden de Moctehzuma y dada la ciudad en feudo á una persona de su familia, por lo cual sus habitantes no le eran muy adictos, circunstancia que favoreció á Cortés, para darles por gefe á un hijo del señor de Quauhquecholan que le era tan afecto. Vuelto el ejército á Tepeaca. Salieron varias expediciones á las ciudades de Ocopetlayocan, y Jalatzinco, Tecamachalco y otros muchos lugares de las provincias de Mixtecapan y Coaixtlahuacan; reduciendo á todos á la obediencia de los españoles, solo el capitan Salcedo que con ochenta españoles marchó contra Tochtepec, no tuvo la misma fortuna, pues habiendo allí á mas de un crecido número de habitantes, una fuerte guarnicion mexicana, la pequeña partida de estrangeros fué envuelta, sin que ninguno lograra escapar. Esta pérdida que para las circunstancias del ejército era enorme, se hizo mas notable por sus consecuencias, pues los descontentos que pocos dias antes habian pedido en Tlaxcala su separacion; in-

sistieron en ella, y Cortés creyó mas prudente acceder á su peticion, que tener en el seno de su tropa, aquel germen de discordia.

Este [menoscabo que Cortés experimentó en su tropa, pronto fué reparado ventajosamente, pues sucesivamente habian llegado á Veracruz dos buques, uno mandado por el gobernador de Cuba en ausilio de Narvaez y otro por el gobernador de Jamaica para fundar una colonia en la desembocadura del Pánuco, los cuales desembarcaron sin saber el estado que allí guardaban las cosas. El comandante de la colonia les permitió el desembarque, y cuando hubieron estado en tierra, aprisionó á los comandantes y fácilmente inclinó á los soldados á seguir las banderas de Cortés: esto le dió cincuenta infantes y veinte caballos, con un buen repuesto de armas y municiones. Aun habian pasado pocos dias de este acontecimiento cuando llegó otro buque precedente de las islas canarias, con objeto de vender armas y proviciones de guerra, todo lo cual fué comprado por el comandante de la colonia, que tambien logró enganchar á la tripulacion, para que se quedaran al servicio de su general, cuyo solo nombre tenia bastantes atractivos para todos los que deseaban participar de las aventuras de la conquista.

Con tales refuerzos adquiridos en ocasion tan oportuna, la buena amistad con los gefes de Tlaxcala y los nuevos aliados que produjeron los triunfos de la última campaña, ya se creyó Cortés suficientemente fuerte para dominar la capital de los aztecas levantando su orgullo abatido por el desastre de la noche triste: así es, que se volvió á Tlaxcala para arreglar su expedicion, siendo uno de sus primeros cuidados, mandar que su carpintero Martin López, construyera trece bergantines, cuyas piezas llevadas al lago por los tlamames tlaxcaltecas, le sirvieran para el asedio de México.

Al volver á la capital de la República aliada, tuvieron los españoles el sentimiento de que habia muerto su favorecedor Maxixcatzin, á causa de la epidemia de viruelas, que llevada por un negro de la expedicion de Narvaez, se comunicó á los cempoaltecas y luego á todos los demas paises, haciendo horribles estragos en todas partes. El ejército entró de luto por la muerte del gefe tlaxcalteca y esta espresion de sentimiento, fué ocasion de estrechar mas la amistad con aquel pueblo, que por su parte tuvo la deferencia de ocurrir al gefe español para que hiciera el nombramiento en la persona que debia cubrir la vacante de su anciano Maxixcatzin. Cortés hizo el nombramiento en nombre del rey católico, en un hijo del finado gefe, haciendo que antes recibiera el bautismo, en el que tomó el nombre de D. Juan Maxixcatzin, tomando por apellido el nombre que su padre llevó mientras vivió en la idolatría.

Esta misma estragosa epidemia que por primera vez hacia sentir sus terribles efectos en los pueblos del Anahuac, causó á los mexicanos el dolor de perder á su soberano Cuitlahua sucesor de Moctehuzuma, á los cuatro meses de un gobierno que habia inaugurado con la espulsion de los estrangeros de su capital. No quedaba ningun hermano de los dos reyes anteriores y se dió la corona por el senado azteca al intrépido jóven Quauhtemotzin: apenas contaba veinticinco años; pero en los combates en la capital con los españoles habia desplegado tal brío, que sus compatriotas estuvieron muy satisfechos de la eleccion, teniéndolo por su valor como muy digno de empuñar el cetro y levantar la fortuna de su opulenta nacion, que parecia empezaba á decaer con la venida de los hombres blancos.

Tambien en Tezcoco habia habido un cambio en la persona del soberano. Cacama destronado y preso por Cortés mediante las intrigas de Moctehuzuma, habia

muerto en la retirada de la noche triste. Cuitenitzca, elevado al trono por su tio el rey azteca y el gefe español, temió alguna insurreccion en su contra á la retirada de los estrangeros de Mexico, y se retiró con ellos á Tlaxcala: pero despues de algunos dias de ausencia de su corte, pensó volver á ella contando con tener algun partido en su favor; y á su regreso le hizo dar muerte como traidor á la patria, su hermano Coanacotzin, que á su fuga habia tomado posesion de la corona. Los españoles no podian contar con la amistad del nuevo monarca tezcucano, pues en los dias que ellos eran arrojados de México, cincuenta de sus compañeros que iban de Veracruz custodiando un cargamento de armas, oro y plata para la capital, fueron muertos en Zoltepec de los dominios del reino de Acolhuacan y sus pieles y armaduras, se veian colgadas en el templo mayor de Tezcoco, como trofeos de su victoria.

En tal estado estaban los negocios de los reinos del Anahuac en fines de Diciembre de 1520, cuando Cortés determinó emprender formalmente su conquista, que era el objeto de todos sus desvelos.

CAPITULO XXIII.

Marcha Cortés á Tezcoco: trasporte del material de los bergantines.

Antes de que el ejército emprendiera su marcha para conquistar la gran capital del imperio azteca, formó el general sus ordenanzas militares, cuyo proemio comienza con estas palabras. «Porque por muchas escrituras y crónicas auténticas nos es notorio é manifesto quanto los antiguos que siguieron el ejercicio de la guerra procura-